

recuerdo ó cuyas obras nos son simpáticos. La célebre marquesa de Lambert, que presidió en su casa, en la calle de Richelieu, de 1710 á 1733, el salón más célebre de París no nos ha dejado muchos retratos suyos. Sainte-Beuve declaraba: « Nada sé de su rostro y los que han escrito acerca de ella han olvidado hablarnos de él ». Este silencio nos hace sospechar que quizás pudo aplicársele lo que ella misma escribía á su hija: « No carecéis de gracia, pero no tenéis nada de hermosa ».

Tengo á la vista un retrato suyo y no hace sino confirmar esta opinión. Los versos que se leen al pie del medallón celebran su talento, su virtud y su sabiduría, pero no hablan de su rostro. Por lo demás es un grabado bastante malo de Desrochers. Otro he visto, publicado en casa de Daumont después de la muerte de la marquesa; es más agradable que hermosa: la frente es alta, el peinado levantado con dos bucles que caen sobre las sienes; la nariz es regular, las cejas poco arqueadas, los ojos negros y de mirada viva y cariñosa, sostenidos por un párpado inferior algo abultado que aumenta la impresión de bondad que produce el retrato; los labios son algo gruesos y parece morderlos como para disminuirlos. En torno de la boca tiene algunos hoyuelos encantadores. Las mejillas son abultadas, el rostro más redondo que ovalado, la barba rechoncha, los hombros hermosos y el traje suntuoso; lleva un amplio manto de terciopelo bordado, sostenido por un lazo de diamantes adornado con una gruesa perla encima de un cuerpo de encaje blanco muy descotado. La fisonomía es amable, ingeniosa, viva y despierta. Me la figuraba más seria, y más de acuerdo con el fondo del retrato, constituido por una columna de orden dórico y una librería.

Hacia 1700 tenía cincuenta años. Era viuda del general Enrique de Lambert, marqués de Saint-Bris, que le hizo pasar la vida en la ciudad de Luxemburgo de la que era gobernador. Instalóse en su hotel, en la esquina de las calles de Richelieu y Colbert y abrió allí un salón académico, serio y cerrado, del que se proscribió el juego y donde se admitía sólo á los grandes escritores y á los grandes señores, donde se hacían las elecciones de la Academia y cuya puerta costó trabajo salvar á la misma duquesa del Maine, nieta del gran Condé. Con razón decía Argenson: « Los sabios y las personas de talento se acordarán siempre de ella. Su casa honraba á los que eran admitidos en ella ». El día de recepción era el martes. Oigamos si no á la marquesa de Maine, implorando su admisión.

¡ Oh Martes respetable, Martes imponente! ¡ Martes más temible para mí que todos los demás días de la semana! ¡ Martes que tantas veces has presenciado el triunfo de Fontenelle, de Lamotte, de Marraut y de Mongault! ¡ Martes á que asiste el amable abate de Bragelonne y, para decirlo todo, Martes que preside la Sra. de Lambert! Recibo con extremado agradecimiento la carta que os habéis dignado escribirme. Cambiáis mi temor en amor y os encuen-

CAPÍTULO V

LOS SALONES LITERARIOS

La Marquesa de Lambert. — La Sra. Doublet. — La Sra. de Tencin. — La Sra. du Deffand. — La Sra. de Lespinasse. — La Sra. de Staal de Launay. — La Sra. de Graffigny. — La Sra. du Chatelet. — La Sra. d'Epinay. — La Sra. de Houdetot. — Suard. — Otras personas. — El Temple. — Las Sociedades Literarias. — La Duquesa del Maine. — La Sta. Quinault. — El Principe de Ligne. — Grimm. — El Abate Galiani.

El estudio de los salones pertenece más bien al estudio de las costumbres que al de las letras. Pero en el siglo diez y ocho poblaron los salones tantos escritores y escritoras y tantos filósofos, que al hablar de ellos, no salimos de la literatura y que si no lo hiciéramos, quedaría incompleta nuestra obra y crearíamos un error de óptica. En aquellos salones nacieron los mejores libros; allí se agitaron las ideas más generosas y más nuevas y allí trabajaron los pensamientos más sólidos y más fecundos, animados y estimulados por aquel medio sin el cual se hubieran mostrado quizás más perezosos¹. Allí triunfó aquel preciosismo tan calumniado por los burgueses del siglo anterior. No hicieron mella en él sus ataques y pudo inspirar más vigorosamente que nunca al espíritu francés.

Por otra parte es éste un estudio que ha sido hecho demasiadas veces y en particular por los hermanos Goncourt, para que pueda yo detenerme mucho en él. Nos contentaremos, pues, con abrir algunas puertas en los diferentes pisos para saludar á las más interesantes de estas señoras.

Entremos primero en casa de la marquesa de Lambert (1647-1733).

Nos gusta generalmente conocer la fisonomía de las personas cuyo

1. Aunque no en tanto grado como en Francia, á causa de la decadencia por que el país había atravesado durante el triste y funesto reinado de Carlos II y á causa también del mayor recato y rigor con que se educaban las señoritas españolas, no faltaron nunca damas que cultivasen las artes, y bellas letras y que contribuyesen á su esplendor. Entre ellas merecen citarse por aquel tiempo la condesa de Lemos, la duquesa de Arcos y otras damas. Una distinguida escritora que se firmaba *Una dama de esta corte*, tradujo entre otras obras la *Andromaca* de Racine que mereció grandes elogios de Montiano; su verdadero nombre es hoy un misterio.

tro más amable que los más encantadores martes de carnaval. Pero aun falta algo para mi gloria y es ser admitida en vuestro augusto senado.

Toda la correspondencia que con tal motivo sostuvo con el presidente del Martes, con el delicado é ingenioso Lamotte-Houdart es exquisita y debiera figurar en todas las antologías. Ha caído injustamente en el olvido Lamotte-Houdart y la Sra. de Lambert, que tenía un gusto seguro, decía de él con mucha razón: « ¡Qué bien sabe presentarnos lo nuevo y lo verdadero! ¡Parece que aumenta el derecho que tienen para encantarnos!»

Entreabramos la puerta del Martes. Se ha almorzado á mediodía y la recepción es por la tarde, pues la Sra. de Lambert no es aficionada á pasar la noche en vela. Cada cual paga su escote con ingenio contante y sonante. En los dorados salones se apiña una multitud brillante y adornada en la que reconocemos ante todo á los comensales acostumbrados, el marqués de Saint-Aulaire y Bachaumont que allí están como en su casa, el amable Fontenelle conversando con la Sta. de Launay que acaba de llegar de la corte de Seeaux. Lamotte-Houdart despliega su ingenio ante las Sras. Vatry y Dreuillet y se excusa de lo áspero de alguno de sus versos, diciendo: « Un poeta no es unafauta. »

Veíase allí igualmente al fogoso predicador P. Buffier, al ligero abate de Choisy, al ingenioso presidente Henault, padre del drama histórico, al marqués de Argenson, al abate de Bragelonne, al abate Mongault, á Sacy, traductor de Plinio, al compilador Trublet, á Terrasson, á Fenelon, á la Sra. Dacier, á la Sra. d'Aulnoy, que regresaba de España y preparaba sus cuentos; á Catalina Bernard, descendiente de Corneille, á las Sras. Murat, de la Force, de Xaintonge, novelistas todas al estilo de la Sra. de Villeguier. Animando con su ingenio y su vivacidad aquella admirable reunión el ama de la casa tenía una frase amable para cada uno, dirigía la conversación, traía lecturas, y ponía á la orden del día las cuestiones de arte, literatura, ciencia y costumbres, mereciendo que de ella dijese: « Con el nombre de Lambert, es Minerva la que tiene su corte ».

Era lo primero para ella la literatura y hasta ella misma escribía aunque no hacía gala de ello, pues tenía tanto miedo al público como á la publicidad. « Nosotras, las mujeres, decía, estamos hechas para ser ignoradas ». Sólo sus amigos íntimos recibían las confidencias de su pluma.

Las obras de la Sra. de Lambert caben en dos tomos en 18° publicados en 1761 veintiocho años después de su muerte. No quiso que sus escritos fuesen entregados á la publicidad mientras vivía; algunos lo fueron por sorpresa, merced á la poca delicadeza de algunos de sus amigos. Ella compró todos los ejemplares que pudo encontrar.

Es de sentir para el público. El marqués de Argenson había insertado esta nota en sus *Observaciones acerca de mis lecturas*: « La Sra. de Lambert, educada por Bachaumont, nutrida con la lectura de los antiguos, aunque sólo en traducciones; que sólo trató con personas de buena educación; que cultivó su espíritu, su corazón y su virtud, no tuvo más pasión que una ternura constante y bastante platónica (marqués de Saint-Aulaire); era rica, empleaba bien sus riquezas é hizo cuanto bien pudo á sus amigos y á los pobres. Encontramos en sus obras las huellas de todas estas influencias: hay en ellas alguna afectación en los términos, que son sin embargo justos y expresivos aunque á veces neológicos y demasiado figurados. Pero hay en ellos cosas excelentes acerca de las mujeres, de la amistad y de la vejez principalmente. Es un libro que debe leerse continuamente. »

Compensa suficientemente el elogio final la pequeña reserva que antecede relativamente á la afectación. Era algo aficionada á ella, y se encuentran, al leer sus obras, más de una expresión que hubiera chocado á Molière á quien detesta: « Tenía por mí una pasión de estrella » dice Leonor para pintar la pasión del conde. La misma Leonor « personifica una idea », dice « cometer por comprometer » y emplea bastantes formas extrañas. Pero se olvidan todas estas extravagancias cuando se encuentran algunos hermosos pensamientos como éste: « Sólo el amor puede causar tristezas por las que le estamos agradecidos. »

Ha dejado además de sus célebres *Advertencias* y de algunas cartas, varios opúsculos, diálogos y disertaciones, señalado todo ello con el sello de un espíritu delicado y superior.

Psiquis es una amplificación en cinco páginas de una comparación, á lo Scudery, entre la curiosidad de Psiquis y nuestra alma que quiere conocer lo desconocido y que llama en su auxilio á sus dos hermanas Curiosidad y Vanidad. Es algo *precioso*, pero chistoso. Después viene la serie de los retratos de algunos de los que asistían á su salón. Los hace excelentes. Hay sobre todo uno de Lamotte Houdart que es perfecto. Es interesante este género y siempre está vivo, pero ha caído en manos de los periodistas que destrozan las figuras con el nombre de instantáneas. Es de desear que vuelva á caer en manos de las mujeres, pues saben dibujar con pluma.

Apuntaremos también algunas obras cuyos títulos indican las tendencias y las predilecciones de su autor: *Reflexiones acerca de las Riquezas*; *Diálogo entre Alejandro y Diógenes acerca de la igualdad de los bienes*, en que Alejandro resulta bastante maltratado, ó bien *Discurso acerca del sentimiento de una señora que creía que convenía el amor á las mujeres aun cuando ya no fuesen jóvenes*, ó también *Discurso acerca de la diferencia que hay entre la reputación y la consideración*.

Son pequeños trozos admirablemente escritos y que obtenían el mayor éxito en las lecturas del Martes.

Es preciso poner á parte *las Cartas, los Tratados de la Vejez, de la Amistad, de las Mujeres, y las Advertencias*.

Las reflexiones acerca de las mujeres son una pequeña obra maestra que hubiera hecho honor á cualquiera de nuestros grandes escritores. Es un libro lleno de ingenio y en el que la apología de la cultura intelectual de la mujer va acompañada de una infinidad de pensamientos justos y delicados que son dignos de un moralista. Confiesa en seguida su pesar: « Si se permite á los hombres el amor de las letras no se les permite á las mujeres. Y aquí entra su sátira contra Molière y sus *Mujeres sabias*. Desde aquella época se ha considerado tan vergonzosa la ciencia de las mujeres como los vicios que les están más vedados. Cuando se han visto atacadas por su inocentes entretenimientos, han comprendido que, vergüenza por vergüenza, valía más escoger la que más provecho les dejara, y se entregaron á los placeres. » Es algo excesivo el querer hacer responsable á Molière de los vicios de la Regencia, pero ¡ qué hermosas máximas se encuentran en el resto de la obra!

El reino de la belleza es poco duradero. El de la virtud dura toda la vida. Se es bella poco tiempo y se deja de serlo mucho más.

El mérito no es enemigo de las gracias.

Nunca ha afeado á nadie la virtud.

Es peligroso creer que lo ignorado es inocente.

Hay en ella algunas páginas excelentes acerca de la imaginación y del gusto del que hablaba con conocimiento de causa. Su disertación puede sostener el paralelo con Voltaire ó Marmontel.

El *Tratado de la Amistad* es una obra de experiencia, notable por la delicadeza del análisis, la sabiduría de los consejos y la indulgencia que en ella reina. No hablaron mejor Cicerón y La Fontaine. Acaso podría la juventud echar en cara á la marquesa el haber hecho de la amistad una virtud de los ancianos.

Abogada en parte por su propia causa. Tuvo una vejez demasiado encantadora para que no la amase. Su *Tratado de la Vejez* debiera ser el *vade mecum* de las personas de edad. Encontrarían en él sabios consejos que pueden resumirse en este pensamiento tan sencillo como hermoso:

En la juventud piensan en nosotros; en la vejez debemos pensar en los demás.

¡ Y qué variedad en el tono! Ora son observaciones ingeniosas:

El gran inconveniente para las mujeres que fueron amables es olvidar que ya no lo son. — Una vejez confesada parece menos vieja.

Ora se eleva el tono como en esta página elocuente acerca de nuestra indiferencia en presencia de la muerte.

¿ Quién creyera que estos mismos hombres que son tan ardientes cuando se trata de su gloria y su fortuna si las ven en peligro, siguen tranquilos é indolentes acerca del conocimiento de su ser y se dejan tranquilamente llegar á la muerte sin enterarse de si lo que les han dicho son quimeras ó realidades, y que ven acercarse la muerte, la eternidad, los castigos y las recompensas eternas sin pensar que estas grandes verdades les interesan? ¿ Cómo puede uno ver llegar con tranquilidad y sin temor un acontecimiento tan importante?

La firme sobriedad de estas palabras nos hace pensar en Bossuet: « Los mortales no ponen más cuidado en sepultar los pensamientos de la muerte que en enterrar á los mismos muertos », ó en Massillon: « Vosotros, que sois tan delicados y tomáis tantas precauciones cuando se trata de vuestros intereses terrestres, sólo en este gran asunto os guiáis por la opinión ajena ». Ha expresado igualmente Javier de Maistre la misma idea: « Nadie piensa en que debe morir. Si hubiese una raza de hombres inmortales, les asustaría más que á nosotros mismos la idea de la muerte ». Pero con su indulgencia acostumbrada daba á su descuido una excusa ingeniosa.

¿ Cómo puede ser que los hombres agitados sin cesar por la esperanza y las quimeras del porvenir se inquieten tan poco por lo que les ofrece este mismo porvenir segura é inevitablemente? ¿ No será acaso la naturaleza bienhechora la que nos habrá dado este feliz descuido para que podamos desempeñar en paz nuestra misión en la tierra?

No es poca honra para la Sra. de Lambert el que sus obras nos traigan á la memoria nombres de tanto valor. ¿ Pero no era acaso un espíritu superior la mujer que en aquel mismo tratado escribía esta observación tan profunda? :

El mundo nos roba á nosotros mismos y la soledad nos hace volver á nuestro interior. El mundo no es más que un tropel de fugitivos que huyen de sí mismos.

Uno de los méritos menos conocidos del salón de la Sr. de Lambert es el haber favorecido la evolución de la novela y consumado la derrota del género entronizado por la Srta. de Scudery. Á los caprichos meta-

físicos y galantes fueron substituyéndose poco á poco los cuentos más verosímiles, las seudomemorias. Cambiaron también las dimensiones: la novela en seis tomos cedió el puesto á la novela corta de treinta á cincuenta páginas. Aprobó la marquesa esta novedad. Hasta cargó su conciencia con una novelita en la que se encuentran cosas bonitas, aunque no sea en conjunto una obra maestra. Tiene por título la *Ermitaña*. Nos da una idea bastante exacta del gusto de la época, la afición naciente por la novela española¹, con sus celos amorosos y sus cascadas de relatos diversos que encajan unos en otros como las mesas de te. Como estoy seguro de que ninguno de mis lectores lo ha de leer, voy á resumirlo brevemente. Tiene un saborcillo añejo verdaderamente delicioso.

Vivía Adelaida con sus amigas en el campo en casa de Bellamirta.

Se propuso un paseo á la Ermita y engancharon los caballos. El país era agradable. Por una parte del bosque hay una roca bastante escarpada sobre la que hay una ermita, y la roca está rodeada por un arroyo bastante ancho que parece defender su entrada. Forma dicho arroyo un torrente que cae de la montaña sobre las rocas. « Hace gran ruido y forma una cascada natural que, en la sombra del bosque, ofrece á los ojos el mismo encanto que los sitios mejor cultivados por el arte. » Á esto se limitan las descripciones. No son excesivas. En cuanto á los personajes, nos los presenta sólo bajo su aspecto moral; parecen carecer de gestos. Pero sigamos á Bellamirta y á sus amigas. Penetran en la ermita. Allí ven á una mujer alta y hermosa que entra y cierra la puerta. Llaman, pero no les abren. Asombradas al ver á aquella mujer en casa del ermitaño, insisten con cierta curiosidad indiscreta. Por último abre la desconocida. Ella es la ermitaña y no se hace rogar para contar la serie de aventuras que la han conducido hasta aquel lugar.

Hija de un personaje considerable del Estado que, en un día de mal humor, pasó al enemigo, fué recogida por la princesa Zelia, cuyo hijo, el príncipe Camilo, se enamoró de ella, lo cual irritó mucho á Valeria, enamorada á su vez del príncipe.

La madre de Camilo favorecía á Valeria, que era de cuna más elevada. Mandó á su hijo á la guerra con varios regimientos que le compró para distraerle con la gloria de su malhadado amor. Durante la batalla salvó la vida el príncipe Camilo á un oficial enemigo: era éste el tráfuga padre de su amiga, á quien llamaremos Alcina. Ésta dió las más vivas gracias al príncipe, que obtuvo para el traidor el perdón y la restitución

1. Esta influencia de la novela española venía ya ejerciéndose en Francia desde la época de Scarron. Los escritores franceses habían saqueado el vastísimo campo de la novela española. Recuerdo haber leído en otro tiempo un trabajo de Anatole France acerca de los numerosos plagios de que fueron objeto los novelistas españoles. Respecto á la importancia de la novela en España y de sus imitaciones, traducciones, etc., merecen leerse además del libro ya citado del Sr. Icaza sobre *Las Novelas* de Cervantes, los trabajos de Rodríguez Marín, tan delicado poeta como excelente crítico, los de Cotarelo y Mori y los recientes de Menéndez Pelayo.

de sus bienes. Era éste un lazo más entre Alcina y Camilo, y la rival Valeria se desconsoló.

Pero pronto iba á verse vengada. El amor del príncipe Camilo ha hecho fijar la atención sobre Alcina. La reina la llama á la corte donde su vista inflama en seguida el corazón del duque de Práxedes. El príncipe experimenta celos y se siente desgraciado. Parecele que la mirada de Alcina se torna más viva cuando baila con el duque que cuando se encuentra con él. Se pone enfermo. El padre de la joven, que debe al príncipe la vida y la fortuna, se irrita al ver que su bienhechor á causa de su hija y destierra á ésta al campo. Recibe un día la desterrada la visita de la condesa Emilia, cuya hija desea permanecer con ella algún tiempo. Mientras está en compañía de Alcina ven llegar al duque so pretexto de presentar sus homenajes á la joven Emilia. Habiendo tenido noticia el príncipe de este paso, hace lo mismo. Los dos rivales se encuentran, sacan la espada y el príncipe sucumbe. Alcina huye y ha escogido la ermita aquella para ocultar su dolor durante el resto de sus días.

Aquí acaba la historia. Dejo á un lado los episodios y los relatos secundarios que hacen de sus aventuras algunos personajes. Era aquel el gusto del día: el *Gil Blas* de Le Sage es el mejor modelo. El relato de la Sra. Lambert no deja de ser ingenioso. La heroína permanece, durante todo el relato, inocente y calumniada por falsas apariencias y está pintada con gracia y ligereza. Se siente la imitación de la Sra. de La Fayette y la influencia de la escuela que dirigió la Sra. de Villedieu y cuyas fervientes discípulas, las Sras. de Xaintonge, La Roche Guilhem, Gomez, Murat, Lussan d'Aulnoy, La Force y otras muchas se reunían asiduamente en casa de la *Ermitaña*. Entonces empezaron á abundar aquellas novelas cuya novedad encantaba á Bayle y que podían leerse de cabo á rabo en menos de dos horas.

Seguramente sirvió la Sra. de Lambert de modelo para la marquesa de Chaves de Le Sage en su *Gil Blas de Santillana*; el parecido no es absoluto ni podía serlo. Falta un rasgo importante al retrato, pues la Sra. de Chaves no tenía hijos. La marquesa de Lambert, sin sus dos hijos, hubiera sido, como decían en sus salones « un árbol despojado de sus hojas ». Tuvo un hijo que fué gobernador de Auxerre y una hija que fué condesa de Saint-Aulaire por su casamiento con el hijo del marqués de este título.

Ha dejado la Sra. de Lambert dos excelentes libritos de *Advertencias* para sus hijos. *Las Advertencias* á su hijo predicán demasiado la ambición y ya se lo echó en cara Fenelón. Son el manual del perfecto oficial

1. Este espíritu utilitario que se revela en todas las clases de la sociedad lo había ya observado el agudo y penetrante ingenio del P. Gracián como lo demuestra el gracioso cuento acerca del Paraíso terrenal que inserta en su *Criticón*.

que quiere hacer su carrera en el mundo. La Sra. Marquesa recuerda que es también la Sra. generala. Compró á su hijo regimientos para que se entretuviese. Se encuentra un gran espíritu práctico en aquellas páginas utilitarias, en las que aprendemos que debemos preferir la gloria al interés *porque* la gloria va siempre seguida de la fortuna.

Sería injusto sin embargo no citar sino los consejos guerreros y ambiciosos; sería desdeñar sin motivos otros que son excelentes.

Hay pocos que sepan ser amigos de los muertos.

Las almas pepueñas son crueles, los hombres grandes son clementes.

No hay nada más mezquino que hacer todo el mal que se puede.

Las reglas para agradar son olvidarse á sí mismo, procurar á los demás lo que les interesa, hacer que estén contentos de sí mismos y prestarles las cualidades que se les niegan.

Son estas cosas que conviene repetir. Las *Advertencias* al hijo no parecen haber dado muy buenos resultados. Su madre le había dicho sin embargo: « Fiel á la sangre de que salís, acordaos de que no os está permitido ser un hombre mediano. » Lo fué sin embargo y acabó por casarse con una viuda poco recomendable.

Las *Advertencias* á su hija son más tiernas, más delicadas y más preciosas. ¡Qué excelentes verdades, qué útiles preceptos, qué sabias observaciones, presentadas en un estilo límpido y preciso!

Debiera siempre preceder á las ediciones de las *Advertencias* á su hija una carta muy hermosa y poco conocida que es el complemento de las mismas: *Carta á la Sra. Superiora de la Magdalena de Tresnel*, acerca de la educación de una señorita.

Ambas obras son necesarias una á otra. La *Carta* se refiere á la niña de corta edad y sus prescripciones son muy sabias en medio de su severidad.

Es preciso desconfiar de las gracias de la infancia, pues sabe aprovecharlas muy hábilmente para arrancarnos lo que desea.

Reconocemos en esto á una lectora de La Rochefoucauld, que busca el móvil y el interés hasta detrás de la misma gracia.

Es preciso inspirarles que no hay nada tan grande como el decir francamente: he obrado mal, y guardarse muy bien de castigarlas por las faltas confesadas.

Que consideren el honor como el primero de los bienes y el desprecio como el más grande de todos los males.

Toda la carta es admirable. Es como un hermoso preámbulo á las *Advertencias*.

Manifiesta todo su pensamiento acerca del papel de la mujer en otra carta á Fenelon, cuyo *Tratado de la Educación de las Jóvenes* le sirvió de modelo.

No esperan nada de nosotras, sólo nos piden que agradeamos y nos perdonan todo lo demás.

Lo repite en las *Advertencias* y declara que no hay nada peor comprendido. ¡Qué hermosas reflexiones prodiga á su hija!

« Las mujeres hermosas llevan en la frente cartas de recomendación. »

Pero para las feas es otra cosa: « Nada se les perdona, no hay nada más difícil como que el mérito consiga abrirse camino á través de la fealdad. »

No tiene nada de consoladora y exagera bastante. Hablando de modas dice:

« Hay que conceder á la moda lo que no se le puede negar. »

No quiere espectáculos para su hija: no existía entonces teatro blanco ni azul y no era ésta quizás una gran pérdida. Sostiene que no es conveniente exhibirse siempre en público. Pero es sobre todo interesante en el capítulo de la instrucción: es preciso escucharla:

Es bueno que las jóvenes se ocupen en las ciencias sólidas. La historia griega y romana eleva el alma, y excita el valor con los grandes ejemplos que nos pone de manifiesto. Es preciso saber la historia de Francia; no está permitido ignorar la historia de su país. No condenaré un poco de filosofía con tal que sea de la nueva, si se es capaz de ella. Quisiera también algo de moral. Á fuerza de leer á Cicerón, Plinio y demás, se adquiere afición á la virtud y se experimenta una impresión insensible que es muy provechosa para las costumbres. La inclinación á los vicios se corrige con el ejemplo de tantas virtudes y rara vez se encontrará á una persona de malos sentimientos que sienta afición á esta clase de lecturas. No nos gusta ver lo que nos acusa y lo que siempre nos condena.

En cuanto á las lenguas, aunque una mujer deba contentarse con hablar la de su país, no me opongo á que se estudie también el latín si se tiene inclinación á ello: pues es la lengua de la Iglesia. Nos abre la puerta de todas las ciencias y nos pone en contacto con lo más distinguido de todos los siglos!

La poesía puede tener sus inconvenientes. Me costaría trabajo sin embargo prohibir la lectura de las hermosas tragedias de Corneille, pero con frecuencia las mejores, aun dándonos lecciones de virtud, nos dejan la impresión del vicio.

La lectura de las novelas es más peligrosa. No quisiera que se hiciera uso de ellas. La novela, que no es nunca real, excita la imaginación, debilita el

1. En España, patria de la Latina y de Luisa Ligea, no sé qué estúpida preocupación puso de moda el absurdo refrán: *Mujer que sabe latín más mala que Cain*. Bajo el imperio de esta preocupación, hablando Vargas Ponce de las cualidades de su esposa, exclamaba: « Antes que docta un toro jarameno. » (N. del T.)

podor, desordena el corazón y si una joven tiene disposiciones para la ternura, apresura y precipita dicha inclinación. Es preciso no aumentar el encanto ni la ilusión del amor; cuanto más suave y modesto parece, más peligroso es. No quisiera prohibirlas, pues toda prohibición hiere la libertad y aumenta el deseo; pero es preciso en lo posible acostumbrarse á las lecturas sólidas que adornan el espíritu y fortifican el corazón; nunca se evitarán bastante las que dejan impresiones difíciles de borrar.

Es preciso moderar la afición á las ciencias extraordinarias; son peligrosas y sólo suelen suministrar mucho orgullo. Además, alfojan el vigor del alma. Si se tiene una imaginación vasta, viva y activa y una curiosidad que nada puede detener, es preferible emplear estas disposiciones en las ciencias que no arriesgarse á que se pierdan en provecho de las pasiones. Pero no hay que olvidar que las jóvenes deben tener para las ciencias un pudor casi tan grande como para los vicios.

Hay, pues, que guardarse de la afición al ingenio, á las ciencias vanas á las que están fuera de nuestro alcance. Nuestra alma está hecha más bien para gozar que para conocer: tenemos las luces propias y necesarias para nuestro bienestar; pero no nos encontramos satisfechas y corremos tras las verdades que no están hechas para nosotras.

¿No es verdaderamente notable la moderación de esta página escrita por una mujer sabia?

Dicho libro está lleno igualmente de cosas excelentes que no son sólo útiles á las jóvenes. Un rasgo particular que aparece con frecuencia es la simpatía hacia los humildes con su corolario ordinario que es el desprecio de los grandes que sólo son grandes. Decía á su hijo: « Celebrar su raza es celebrar el mérito ajeno », con el mismo tono con que más tarde había de decir el Sr. Poirier á su noble yerno: « Pero lo que es usted no murió en ninguna cruzada ». Mucho antes que Figaro escribía:

¿Tenemos derecho para exigir que no tengan defectos nuestros criados cuando nosotros les damos continuamente el ejemplo de ellos?

Nuestros mismos ministros podrían aprovechar este consejo que da á las jóvenes:

« Cuando la fortuna me vuelva á colocar en mi primitivo estado me encontrará perfectamente dispuesto. »

La Sra. de Lambert fué una escritora vergonzante. Burlábase de ella por haber querido restaurar la Cámara Azul y era muy sensible á semejante reproche. Fontenelle nos cuenta que solía tranquilizarse diciendo que en su casa, acusada de ingenio, se hacía un gran gasto del mismo, y que iban á visitarla más grandes señores que escritores. Se avergonzaba de sus libros. Estos merecían una suerte más brillante. Sus libros son los que han salvado su memoria. Las luces de su salón han desaparecido desde hace tiempo; pero sus escritos nos han conservado

el recuerdo de sus campañas heroicas en favor de un feminismo prudente y distinguido. En cuanto á ella misma, si revive, es en las memorias de la época, cuya evolución hacia la novela de costumbres favoreció. Resucita en la marquesa de Chaves de Le Sage y en la Madama de Miran, de *la Vida de Mariana* de Marivaux, y no es poco título de gloria el haber sido escogida por una época para personificar el modelo de la mujer de ingenio, al mismo tiempo que celebraban su corazón; el haber sabido conciliar la literatura y la maternidad, seducir al ingenioso Lamotte y al obispo Fenelon, y haber sido en resumen la más loable representante de aquel preciosismo, tan excelente cuando es bueno, pero tan poco conocido y tan calumniado, y que es uno de los caracteres del ingenio francés: el aticismo y la distinción.

Muy cerca de ella habitada otra literata.

La Sra. Doublet de Persan (1677-1771) era aficionada á las noticias mundanas y literarias. Viuda y sin fortuna, después de la muerte del Sr. Doublet se retiró á uno de los cuartos exteriores del convento de las Hijas de Santo Tomás. Allí permaneció cuarenta años sin salir. Iban á verla y á referirle los incidentes de la vida parisiense. Reuníanse allí el abate Legendre, su comensal Bachaumont, Piron, el abate Chauvelin, los hermanos La Curne de Sainte-Palaye, fundadores de los estudios medioevales, el anticuario Fonce-magne, Argental y Voisenon. Era aquella la *Paroquia*. Se tomaba nota de las conversaciones y aquella fué la cuna de las *Memorias secretas para servir para la historia de la República de las letras en Francia desde 1762 hasta 1787* de Bachaumont y de Pidanzat de Mairobert, que se mató, comprometido en los negocios del marqués de Brunoy, y continuada luego por Mouffle d'Angerville. Terminaba la reunión una alegre cena. La Sra. Doublet murió á los 94 años: sus últimas palabras fueron para reñir al sacerdote que, al administrarle los sacramentos, había descompuesto el colorete de sus mejillas. Quedan de aquel salón los 36 tomos de las Memorias, caos de informes divertidos y útiles, indiscretos y perversos como el senil Bachaumont mismo; documento indispensable para el conocimiento de la sociedad de aquella época triste, habladora, frívola y licenciosa tan fielmente personificada también por Claudina de Tencin¹.

Claudina Alejandrina Guerin de Tencin (1682-1749), exreligiosa dominica del monasterio de Montfleury, canonesa del noble cabildo de Veuville-les-Dames, de Bresse, dama de la baronía de San Martin, en la isla de Re, es célebre por sus amores, sus intrigas y su salón literario.

1. En España existen también, aunque no en tanto número, curiosos documentos acerca de la vida literaria en el siglo XVIII, como se ve en la ya citada obra del marqués de Valmar; pero en su mayor parte están inéditos. (N. del T.)